

www.elboomeran.com

Patricio Lenard

Su lucha

(Diario de Landsberg)



Adriana Hidalgo editora

Lenard, Patricio
Su lucha. - 1ª ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Adriana Hidalgo editora, 2015
384 p. ; 19x13 cm.

ISBN 978-987-3793-58-5

Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

SU LUCHA

la lengua / novela

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Tobías Wainhaus

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Patricio Lenard, 2015
© Imagen de tapa: Bavarian State
Library Munich / Picture archive
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2015
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-3793-58-5
ISBN España: 978-84-15851-72-1

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

NOTA A LA EDICIÓN

Un gesto de amor es lo que al parecer salvó este diario de las llamas. En rigor, la copia que hizo Ilse Pröhl –por entonces novia y futura esposa de Rudolf Hess– de los cuadernos que él escribió en la cárcel. Tras permanecer oculto durante noventa años, la publicación de este *Diario de Landsberg*, de cuya existencia ningún historiador estaba al tanto, generó un considerable revuelo en Alemania. La desaparición de los cuadernos originales, que Hess quemó –según Ilse le confió a la albacea del manuscrito– en abril de 1941, motivó que algunos especialistas cuestionaran la autenticidad del documento, recordando que otros diarios falsos o de procedencia incierta habían salido a la luz en el pasado.¹

Para Hess, seguidor de la primera hora, el “culto al Führer” ya era cosa seria el 8 de noviembre de 1923, fecha

¹ Además de un escueto *Diario* de Eva Braun y de una porción de los *Diarios* de Joseph Goebbels, el caso más famoso es el de los *Diarios de Hitler*, escritos por Konrad Kujau, ilustrador y coleccionista de objetos nazis, cuya capacidad para imitar la letra del Führer le permitió pergeñar una falsificación que engañó a expertos e hizo que la revista alemana *Stern* desembolsara en 1983 una suma millonaria para obtener la primicia.

en que los nazis dieron un golpe de Estado en Baviera que fue rápidamente sofocado. Por el fallido *Putsch*, Hitler y un grupo de correligionarios estuvieron presos algo más de un año en el centro de detención de Landsberg am Lech, al oeste de Múnich. Esta situación, adversa en los papeles, le permitió al líder del Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP) tener tiempo de sobra para leer, y fue allí que se le ocurrió escribir un libro. Por un período breve, en la tarea lo secundó Emil Maurice, su chófer, antes de que este fuera reemplazado por Rudolf Hess, quien se desempeñaría luego como secretario personal del Führer.

Mi lucha no sólo fue uno de los libros más vendidos de la Alemania nazi sino también uno de los menos leídos, y su desconocimiento contribuyó en gran medida, tanto en su país como en el extranjero, a la subestimación política del nazismo. La lectura atenta de *Mi lucha*, sin embargo, pone de manifiesto que Hitler tuvo desde un principio objetivos claros y concretos, desde sus planes bélicos e imperialistas hasta su proyecto de eliminar a los judíos. Todas estas cuestiones son expresadas con descarnada elocuencia en *Su lucha* (título con el que Hess se propuso rendir un homenaje), merced al esmero con que el autor apunta sus intercambios de ideas con el Führer, los detalles del trabajo en conjunto, las conversaciones de sobremesa, el *veneno* de la camaradería.

Como todas las leyendas que tienden a minimizar el papel de Hitler, la versión que sugiere que la colaboración de Hess en la redacción de *Mi lucha* habría ido

más allá y que él sería coautor del libro, parece definitivamente falsa: él dicta, su segundo escribe. Esto resulta evidente en el *Diario de Landsberg*, que Hess redactó sin el conocimiento de Hitler, es decir, como un acto privado (o, para usar sus palabras, como “una forma de amenizar el encierro”).

De a uno fue sacando Hess sus cuadernos de la fortaleza, con ayuda de Ilse, temiendo que se los encontraran en alguna requisa. Y fue ella quien hizo entonces la copia que al final perduraría, consciente de que Hess no tenía ningún interés en publicar su diario por considerarlo un texto de circunstancia, suerte de apostilla de *Mi lucha*, la “verdadera obra”.

La mujer a la que *Frau* Hess le dejó el manuscrito en custodia poco antes de morir, el 7 de septiembre de 1995, trabajó durante años como su asistente (Ilse ocupó cargos en dos editoriales), pero su identidad se ha mantenido en reserva. Según la albacea le contó a Joachim Kluge, responsable de la edición alemana del libro, Ilse no le habló a su hijo, Wolf Rüdiger Hess, de la existencia del diario porque creía que este, tarde o temprano, tomaría la decisión de publicarlo. A pesar de haber guardado su copia del manuscrito, Ilse siempre había querido respetar la voluntad de no divulgar el material, sobre todo luego de ver a su esposo haciendo una fogata con sus cuadernos. Hasta donde se sabe, la destrucción de los originales tuvo lugar poco antes de que Hess emprendiera su furtivo vuelo a Escocia, el 10 de mayo de 1941, en plena Guerra Mundial, misión que muchos calificaron como una de

las peores traiciones sufridas por Hitler, si se tiene en cuenta la confianza que este había depositado en quien durante el Tercer Reich ostentó el grado de vice-Führer.

Evidentemente, tras la muerte de Wolf Rüdiger, el 24 de octubre de 2001, algo cambió en el compromiso asumido por la albacea. Después de todo, ningún muerto vuelve en reclamo de lo póstumo.

Además de reponer información a veces necesaria y de señalar cuestiones referidas a la lengua, las notas que acompañan la presente edición se proponen analizar los resortes de la locura y el odio con que los nazis infectaron la historia y la cultura de Occidente. Estudios comparativos han demostrado que varios de los pasajes de *Mi lucha* que Hess cita en su diario difieren de su versión definitiva, no sólo por las modificaciones que el libro de Hitler sufrió durante el proceso de edición, sino también por ciertos cambios y recortes que el diarista practicaba en sus transcripciones. Por mi parte, he encarado esta traducción procurando lograr el mayor grado de literalidad posible, a la vez que establecer un texto autónomo en castellano.

Dante Prolicari

DIARIO DE LANDSBERG

Viernes, 19 de junio de 1924

El Führer me pidió hoy que lo ayude con la escritura de su libro. Durante la cena, su enojo llamó la atención de quienes lo habíamos visto de excelente humor a la hora del almuerzo. De todos menos de Christian Weber y Hermann Kriebel, sus vecinos de celda. No bien nos sentamos a la mesa, el coronel Kriebel dijo por lo bajo: “Hubo una fuerte discusión con Maurice. Le reprochaba la desaparición de unos papeles”. Los gritos lo habían despertado de la siesta. Weber ya se disponía a aportar más detalles cuando oímos que alguien bajaba por las escaleras. Era Hitler, seguido de Schaub. Todos nos pusimos de pie para recibirlo.

Más allá del gesto adusto que tenía, su malhumor se hizo evidente cuando evitó tomar las riendas de la conversación, lo que de entrada generó un silencio incómodo. Cuando todos esperábamos uno de sus arrebatos de ira, él se limitó a abrir la servilleta y se la puso en el cuello. Precedida por el chirrido de la puerta que separa la cocina del comedor, una de las muchachas entró para servirnos la comida. Hermann Fobke se dispuso a romper el hielo comentando una noticia que había leído en la edición vespertina del *Münchener Neueste Nachrichten*, sobre el

juicio al asesino de dos gitanas, cuyos cadáveres aparecieron en un descampado en Hamburgo. Según el periódico, en la audiencia de ayer el abogado había propuesto como atenuante del crimen que las víctimas fuesen extranjeras, lo que motivó entre los camaradas un intercambio que le devolvió al aire cierta liviandad, sobre todo cuando ninguno parecía dispuesto a preguntarle al Führer qué había sucedido.

La silla de Emil Maurice había sido ocupada por Julius Schaub, con quien Hitler hacía comentarios en voz baja. Por momentos, él lucía abstraído, como si el mundo entero cupiera en su plato de sopa. Fiel a su costumbre, terminó de comer antes que el resto. Se limpió la boca, dejó la servilleta a un costado, y cuando se puso de pie, me señaló con el dedo y me dijo:

–Lo espero en mi celda, Hess. A las siete.

A pesar del tono imperativo, en ningún momento tomé su invitación como una señal de represalias. ¿Qué había hecho yo después de todo? Hitler es el único que puede recibir visitas fuera de horario y uno de los pocos privilegiados que usa sin restricciones la luz eléctrica. Es notable cómo ha ganado ascendiente sobre el personal de la cárcel: en los ocho meses que lleva en la fortaleza de Landsberg am Lech, ha convertido a la mayoría de los guardias al nacionalsocialismo.

Al verme llegar, Joseph –el que vigila su sector– me hizo un saludo con la cabeza. La celda estaba sin llave. Una vez dentro, el Führer me habló en voz baja para evitar que lo oyesen.

–Maurice no encuentra unas treinta páginas del manuscrito –dijo, y tragó saliva para contener el disgusto–. Me quiso hacer creer que me las había dado, pero cuando le dejé en claro que no, empezó a balbucear que alguien había entrado a su celda. Antes de bajar para el almuerzo, había dejado varias hojas pasadas en limpio sobre la mesa, junto con los borradores. ¡El muy imbécil ni siquiera fue capaz de guardarlas por separado!

Cuando le preguntaron al guardia si había visto entrar a alguien, él admitió que a la hora del almuerzo se había ausentado un minuto para ir al excusado. Buscaron entre los demás papeles, debajo de la cama, entre las sábanas, debajo del colchón, entre la ropa... No aparecen por ningún lado.

Hitler caminaba de un lado a otro, sin poder estarse quieto. Yo intenté tranquilizarlo.

–Le pedí al alcaide que ordenara una requisita en las celdas de los demás reclusos –dijo–, pero me hizo ver que no tiene sentido. Al menos me dio su palabra de que pondría en marcha una investigación de inmediato.

Teme que todo esto sea parte de un plan para boicotear la escritura de su libro. Por fortuna, los primeros tres capítulos están a salvo. Le pregunté si ya habían dado por terminada la búsqueda y él me respondió que su único consuelo son las notas que utilizó para dictar –aunque son un material escueto, apenas conceptos, líneas generales–.

Está claro que Maurice no supo manejar la situación. Tal vez por miedo a sufrir represalias, no le planteó de entrada la hipótesis del hurto, y esto, como es lógico,

despertó los recelos del Führer. Sea o no fruto de una negligencia —y más allá de quién esté detrás—, el incidente constituye una falta grave y merece su castigo.

Mientras hablaba, Hitler se refirió en más de una ocasión a Maurice como su “chófer”, en tono desdeñoso, y hasta se permitió mencionar la existencia de un supuesto bisabuelo judío en su familia, cosa que yo desconocía. Tampoco tuvo ningún reparo a la hora de criticar su torpeza como mecanógrafo:

—Él me reprocha que dicto demasiado rápido, y yo le digo: “¡Pues así es como me salen las frases!”. Cuando me pide que le repita lo último que dicté, en ocasiones mi cabeza, que ya está hilando la siguiente idea, se termina enredando.

Desde mi época de escolar, siempre consideré la mecanografía como una habilidad propia de mujeres. No obstante, las clases particulares que tomé de niño rindieron sus frutos varios años después, cuando en la universidad empecé a tomar dictados del profesor Haushofer, mientras me desempeñaba como su asistente.

Al oír esto, al Führer se le dibujó una sonrisa en el rostro. Allí mismo me invitó a pasar a su habitación, donde tiene su máquina de escribir, y mientras me acomodaba de cara a la Remington, abrió un libro y eligió una página al azar para dictarme. Hacía tiempo que no mecanografiaba, y al enfrentarme al teclado tuve la sensación, por un momento, de que el orden de las letras estaba cambiado.

Me dictó dos párrafos a una velocidad que me habría costado seguir si no me hubiera esforzado al máximo.

Concluida la prueba, dijo que yo había corrido con ventaja: al tratarse de un texto leído, no había sido necesario que pusiera a prueba mi criterio de amanuense, ya que me había dictado puntos y comas. A pesar de esto, se mostró muy impresionado.

—¡Escribe usted más rápido de lo que yo puedo dictar!
—dijo, y sacó de un tirón la hoja del rodillo.

Le estaba contando que también me las sé arreglar para tomar apuntes taquigráficos cuando llamaron a la puerta. Era Maurice. Nos saludó, sorprendido de verme allí, y aclaró que no traía ninguna novedad; sólo venía a renovar su pedido de disculpas.

—Quedo a la espera de sus órdenes, *mein Führer*...
—susurró, con la vista clavada en el piso.

Mirándolo de arriba abajo, Hitler dejó que hubiese un breve intervalo de silencio antes de darle una respuesta. (A menudo no se da al silencio la debida importancia.)

—¡Mis órdenes son que se retire de inmediato y que mañana me alcance a primera hora todo el material que aún está en su poder! Y queda notificado de que Rudolf Hess será mi secretario de ahora en adelante.

Yo abrí grandes los ojos. Recibir la noticia de ese modo me dejó sin palabras. Al salir, el Führer le dio con la puerta en las narices a Maurice, antes de que este pudiera alzar el brazo para saludarlo. Cuando estuvimos de nuevo solos, lo primero que hizo fue disculparse por haber aceptado el trabajo por mí, sin siquiera habérmelo propuesto. Con una mezcla de sorpresa y emoción, le di las gracias y le aseguré que sería un gran honor poder

ayudarlo en lo que necesitase. Acto seguido, me informó que el domingo empezaríamos con los dictados.

Sábado, 20 de junio de 1924

Por fin le encontré un uso a este cuaderno que Ilse me trajo de regalo en su primera visita. Le arranqué las primeras hojas, ociosamente escritas, y anoté la fecha en el encabezado.

Cuando vino hoy por la tarde, le conté la noticia y se puso muy contenta. Al despedirnos, me susurró al oído: “Me siento orgullosa de ser la novia del secretario del Führer”.

Durante el desayuno, más allá de que no abrió la boca en ningún momento, a nadie le pasó inadvertida la presencia de Maurice en el comedor que compartimos los presos del Partido Nazi. Cuando el Führer me anunció como su nuevo asistente, recibí las felicitaciones de todos.

Desde que está abocado a la escritura de su libro, es habitual que se saltee el recreo de la mañana. A las ocho en punto se abren las puertas del jardín y durante una hora los reclusos se airean, caminan, practican boxeo, o hacen ejercicios en las barras paralelas y en el potro de gimnasia.

Estaba conversando con Ernst Pöhner y Walther Hewel cuando Maurice se nos acercó con el único fin de lamentarse. Había pasado casi toda la noche en vela, tratando de reconstruir mentalmente qué había hecho con los papeles, tejiendo especulaciones sobre quién podía

habérselos robado. Le aconsejamos que tuviera paciencia; al Führer ya se le pasaría el enojo. Más temprano, Maurice le había llevado todos los borradores y el papel que le quedaba. Debía entregarme también su máquina de escribir (otra Remington, más vieja que la de Hitler pero en perfecto estado), cosa que hizo al final del recreo.

Le pregunté si para mecanografiar no usaban papel carbónico y le hice ver que nada de esto habría ocurrido si existiera copia de los borradores. Cuando le trasladé mi sugerencia al Führer, él se justificó diciendo que hace todo lo posible por economizar papel, pero que –dadas las circunstancias– se hará proveer de papel carbónico cuanto antes.

Domingo, 21 de junio de 1924

Su celda es la número seis. Está en el primer piso y cuenta con un recibidor y una amplia sala de estar, con ventanas de un cristal rugoso que aplaca el sol cuando pega de frente. Hay un ropero ubicado al lado de la puerta (del que posee llave), una mesa de roble con seis sillas, dos sillones de mimbre y una mesa redonda. La sala tiene dos lavatorios (sin contar el del excusado), con agua fría y caliente, y una salamandra (en desuso, por la época del año). Las paredes están adornadas con algunas láminas enmarcadas (entre ellas, una reproducción de *La batalla de Alejandro*, de Albrecht Altdorfer). Sujeta de un clavo, cuelga una corona de laurel, símbolo de triunfo,

obsequio de unos admiradores. En el otro extremo, junto a las ventanas, más presencia vegetal: un helecho, que –según me indicó– debe ser regado una vez al día.

En la habitación, junto al catre de hierro blanco está la mesa de luz con su lámpara de lectura, y en el piso hay un tapete ovalado donde él deja sus zapatos antes de acostarse. A los pies de la cama está la cómoda, y junto a la puerta que comunica ambos cuartos, un retrato de Bismarck hecho a lápiz cuelga encima del mueble donde el Führer ubicó los libros que se hizo traer de su casa. Sobre el escritorio, la máquina de escribir convive con una banderita del Partido, un lapicero y un frasco de tinta Pelikan. A su lado hay otra mesa, un poco más baja, que funciona de segundo escritorio.

En coincidencia con el inicio del verano, hoy fue nuestro primer día de trabajo. No sin dificultad, el Führer se propuso rescribir el capítulo IV, donde habla de su llegada a Múnich y del tiempo que pasó en esa ciudad antes de la guerra.

–Estoy acostumbrado a dictar directamente a máquina –me aclaró antes de empezar–. Lo que escriba para mí lo escribe con un interlineado de un centímetro; de lo contrario, sólo puedo leer el texto con lentes. Si se saltea una palabra, no tiene importancia, no se detenga. Sólo se trata de un borrador, ¿de acuerdo?

Quiso cerciorarse de que yo era capaz de entender su letra: me dio unas hojas mecanografiadas y tuve que leer en voz alta sus anotaciones. Él insistía en que su caligrafía es casi ilegible, pero le demostré que puedo

descifrarla sin inconvenientes (¿será porque la mía es tan o más enrevesada que la suya?).

Nos pusimos manos a la obra. Al principio el tono era normal pero, a medida que avanzaba, las frases se continuaban sin interrupción, marcadas por el paso, cada vez más enérgico, con que recorría el cuarto. Por momentos el ruido de sus zapatos y el repiqueteo de la Remington se superponían a su voz, lo que me obligaba a adivinar el final de algunas frases. Para colmo, su afán por reproducir el modo en que había formulado tal o cual idea en la primera versión lo hacía a menudo desdecirse o cambiar sobre la marcha. Muy a mi pesar, tuve que interrumpirlo algunas veces.

Tras el episodio del hurto, el alcaide Leybold le había ofrecido guardar los manuscritos en la caja de seguridad que tiene en su despacho, pero el Führer declinó la oferta con el argumento de que es indispensable para él conservarlos consigo. La verdad es que desconfía hasta de su propia sombra. “¿Y si Leybold estuviera al tanto de todo?”, deslizó en un momento. “¿Quién me asegura que él no tiene nada que ver en el asunto?”

Lo más probable es que el ladrón haya sido uno de los guardias. Pero ¿quién y con qué objeto? Toda la situación nos genera una profunda desconfianza.

En una pausa del dictado recordó cómo, al inicio de su detención, lo vigilaban a través de la mirilla, durante la huelga de hambre que inició en señal de protesta (para esa época, yo no me había entregado aún y seguía refugiado en Austria).

—Dos semanas sostuve el ayuno —dijo el Führer, mientras se abanicaba con unas hojas para mitigar el calor—. Querían declararme loco; buscaban cualquier excusa para enviarme a un manicomio.

A fin de evitar que el mal trago se repitiera, le sugerí tomar algunas medidas de seguridad, como colocar hojas en una carpeta y cubrirlas con una fina capa de talco para saber si revisan nuestras celdas. Aprovechando el papel carbónico que nos proveyeron, el Führer decidió hacer una nueva corrección de los primeros capítulos y transcribirlos para que queden por duplicado. Con varias marcas de su puño y letra, me entregó el capítulo I para que lo pase en limpio.

Otra cosa que debo pensar es dónde esconder este cuaderno. Si bien la pestaña de la mirilla hace un ruido al abrirse, es de temer el acecho de los guardias. Esto debe ser realmente privado.

Las 9 p.m.

Leo que Hitler nació en Braunau am Inn, un pueblo situado en la frontera entre Austria y Alemania, donde fue fusilado en 1806 el librero Johannes Palm, mártir que hizo circular un panfleto que denunciaba los atropellos de las fuerzas napoleónicas de ocupación. En su juicio, al negarse a revelar el nombre del autor, Palm fue condenado a muerte. Un monumento erigido en su memoria es de los primeros lugares públicos que causaron una profunda impresión en Hitler cuando era niño.

“En esa pequeña ciudad sobre el Inn —dice al comienzo del capítulo I—, bávara de origen, políticamente austríaca y ennoblecida por el martirologio alemán, vivieron mis padres allá por el año 1890. Mi padre era un leal y honrado funcionario. Mi madre, ocupada en los quehaceres del hogar, siempre tenía para con sus hijos una solicitud cariñosa.”

Si la evocación que hace del padre en parte me recuerda al mío, no es porque Fritz Hess sea un hombre que se hizo desde abajo, como Alois Hitler, sino por la tenacidad con que ambos buscaron que sus hijos les siguieran los pasos. Así como el padre de Hitler estuvo, mientras vivió, convencido de que a él le cabía la responsabilidad por el futuro de su hijo, el mío procuró elegirme una educación para que algún día yo tomara las riendas de los negocios de la familia. Durante años ese fue su principal cometido en su rol de heredero de Hess & Co., la empresa de exportación que había fundado mi abuelo en Alejandría a mediados del siglo pasado.

Mi infancia transcurrió en esa ciudad de Egipto, donde nací en 1894. A los seis años ingresé en la Escuela Evangélica alemana, pero como la tarea estaba allí al cuidado de unas pocas familias y el alumnado era escaso, mi padre decidió ponernos a mi hermano Alfred y a mí al cuidado de preceptores particulares.

Con el fin de afianzar nuestra identidad alemana y estrechar lazos con la Madre Patria, Fritz hizo construir una casa en las montañas del Fichtel, adonde íbamos siempre a pasar nuestras vacaciones. Hacia allí nos diri-

gíamos a comienzos del verano de 1908, estando mi madre embarazada de mi hermana Margarete. Recuerdo que estaba acodado en la cubierta del barco, disfrutando de la vista del puerto de Alejandría, cuando mi padre me susurró al oído: “Mira el paisaje, Rudi, porque pasará un buen tiempo antes de que vuelvas a verlo”. Al principio me hice la ilusión de que aquellas vacaciones serían más largas que de costumbre, pero pronto comprendí que se trataba de otra cosa.

Al final del verano, mi familia se embarcó rumbo a Egipto y yo me dirigí a Bad Godesberg, cerca de Bonn, en cuya Escuela Evangélica ingresé como pupilo. Fueron años en los que casi no vi a mi familia. Después me enviaron a la Escuela Superior de Comercio de Neuchâtel, al norte de Ginebra, con el deseo de verme salir convertido en un joven empresario. De ese destino me salvó el estallido de la Guerra Mundial, cuando con Alfred decidimos enrolarnos como voluntarios en el Ejército.

Más allá de que el Führer defiende la obediencia y la sumisión a la figura paterna, pilar fundamental de cualquier familia bien constituida, uno infiere del relato que hace en el manuscrito que en su casa ocurría otra cosa. Todas las tentativas de su progenitor por incitarlo a abrazar la profesión de funcionario público, amén de la descripción idealizada que este hacía de su trabajo, se malograban y producían el efecto contrario. Al joven Adolf le resultaba inadmisibles la idea de tener que estar sentado todo el día, cual esclavo, en una oficina, obligado a completar formularios. “¿Qué ilusión podía despertar esto en un joven que era todo menos dócil?”, se pregunta Hitler.

Por suerte, hubo otras aspiraciones, más acordes con su temperamento, que al final predominaron. Por ejemplo, su interés por la vida militar y la guerra, que le nació mientras leía un volumen sobre la Guerra Franco-Prusiana de 1870, que su padre tenía juntando polvo en un estante. Pero no fue el arte de la guerra, sino el arte a secas lo que por entonces definió sus deseos y ambiciones. “Luego de la renovada oposición al pensamiento de mi padre –anota quien a los trece años ya era consciente de su talento para el dibujo–, fui interrogado sobre qué profesión deseaba seguir, y cuando dejé escapar la decisión de ser pintor, mi padre se quedó atónito: ‘¿Pintor? ¿Artista?’. Pensó que no había oído bien su pregunta, o que había perdido el juicio. Pero cuando se dio cuenta de que sí lo había entendido y presintió la seriedad de mi decisión, se opuso con todas sus fuerzas. ‘¿Pintor, no! ¡Mientras yo viva, jamás!’”. Vaticinio que en cierto modo se cumplió, ya que Alois Hitler fallecería poco después, víctima de un ataque de apoplejía.

Lunes, 22 de junio de 1924

A las siete se sirve el desayuno. Si bien los presos políticos estamos exentos de limpiar corredores y excusados (esto es tarea de los presos comunes), aseamos nuestras celdas. Yo tengo el hábito de bañarme por la mañana. Al igual que Pöhner, cuya habitación está pared de por medio. Sólo el Führer y Kriebel tienen ducha en sus baños privados. Los demás utilizamos las instalaciones de la planta baja.

Mientras me afeitaba, Pöhner me reprochó que el ímpetu con que oprimo las teclas de la máquina de escribir no lo deja concentrarse cuando lee. Me comparó con un pájaro carpintero. Yo me reí y le sugerí que presentara una queja.

Si bien la convivencia implica cierta proximidad, lo común es que se respeten las esferas privadas. Por eso me sorprendió hoy que el Führer me hablara de su familia tan abiertamente. En realidad, fui yo quien le sacó el tema, a sabiendas de que rara vez habla de estas cosas.

Luego del desayuno me propuso salir a caminar un rato. Previendo que sondearía mi opinión sobre lo que había leído, elogí el comienzo del libro y no pude evitar hacerle mención de las analogías que había entrevistado entre su padre y el mío. El Führer me habló de situaciones familiares que ha preferido no poner por escrito por razones obvias. Me confió que su padre fumaba como una chimenea, que le gustaba beber luego del trabajo y quedarse en la taberna hasta altas horas de la noche, y que tenía la costumbre de pegarles a sus hijos. A su primogénito, también llamado Alois, porque había faltado al colegio para armar un barco de juguete, una vez lo castigó con un látigo y lo mantuvo apretado por la nuca contra un árbol hasta que perdió el conocimiento.

—Catorce años tenía mi medio hermano cuando se fue de casa —recordó Hitler, mientras avanzábamos por el sendero de grava—, y con su partida recayó sobre mí todo el peso de la disciplina paterna. Mi padre era muy irascible, sufría ataques de rabia por trivialidades, pegaba por cualquier motivo. Yo había leído en una revista

que demostrarse insensible al dolor era dar pruebas de fortaleza, por lo que tomé la decisión de no llorar más cuando me pegaba. Al poco tiempo tuve ocasión de poner a prueba aquella teoría. Mi madre se había refugiado, aterrorizada, detrás de la puerta del comedor, mientras yo me mordía los labios contando, uno a uno, los azotes que él me daba. Cuando terminó, le anuncié triunfalmente que habían sido quince y él creyó que me había vuelto loco. Cosa curiosa: a partir de ahí dejé de pegarme.

Si bien no acostumbraba tomar ese tipo de represalias contra sus hijos, la severidad de mi padre hacía que no volara una mosca en su presencia. Por las mañanas, con mi hermano no nos atrevíamos a salir del dormitorio hasta que él no se había ido al trabajo. Las comidas se efectuaban con la máxima puntualidad de que era capaz el reloj, y nadie se atrevía a abrir la boca en la mesa a no ser que él hubiera iniciado la charla.

De vuelta en su celda, el Führer me mostró una foto de su madre y un retrato a lápiz que él le había hecho poco antes de morir. Con una sonrisa melancólica, admitió haber heredado de ella el color de ojos.

—Tras la muerte de mi padre —dijo, observando el dibujo—, mi madre pretendía honrar la voluntad del esposo muerto insistiéndome para que siguiera la carrera de funcionario. Como una suerte de altar privado, conservé en la cocina un estante con sus pipas y las señalaba cada vez que hablaba de él, invocando su autoridad ausente.

Klara Hitler (mi madre también se llama Klara) fue una mujer cuya existencia estuvo signada por la desgracia.